

El sonido férreo del tren se aproximó poco a poco a la estación hasta hacerse ensordecedor. En ese mismo instante en que hacía su aparición salimos corriendo hasta el borde del andén para acabar, con un saltito cursi, de bruces sobre las vías. Sin embargo, *El Cuerpo* no había calculado bien el tiempo, así que, en un momento de lucidez, decidió recular en contra de todo pensamiento previo de autoaniquilación, y con una agilidad nunca vista en nuestro conjunto hasta entonces, intentamos volver por donde habíamos llegado esprintando de vuelta al andén. Finalmente, nos llevamos la peor parte en esta escena macabra que representábamos los tres (*El cuerpo y nosotros*): ¡fuimos aprisionados por la maquinaria férrea dividiéndonos para siempre!

Tras el impacto, *El Derecho*, junto con 20 cm de extremidad, y sus cinco uñas pintadas de rojo pasión, quedó desplazado siete metros por delante de la cabecera del tren, desprendido por completo de aquel organismo al que había pertenecido durante 61 largos años. Yo, por mi parte, me aferraba a mi extremidad correspondiente a través de un hilo de tejido muscular, sintiendo el frío de la pérdida cada vez más próximo.

El revuelo posterior fue tremendo y por primera vez en su vida, *El Derecho* obtuvo mayor protagonismo que el resto del cuerpo. Hasta ahora, la máxima atención de la que habíamos sido objeto, había sido dolor por un calzado excesivamente apretado, o bien durezas en los talones por unas chancas castigadoras que no perdonan su estacazo a cada paso, y, ¿cómo no? el terrible sacrificio de estar en vilo sobre unos tacones de mínimo diámetro de superficie, que te obliga a cargar de forma alterna y sin piedad, todos los kilos que tienes encima.

Pues bien, ese día en que nos separamos de *El Cuerpo* para siempre, alguien tuvo a bien, en un acto de generosidad, retirarnos de la vía a la que nos habíamos arrojado en contra de nuestra voluntad y enviarnos en conjunto al Hospital de Fuenlabrada. *El Derecho* aparentemente sin vida, en calidad de acompañante. Yo, *El Izquierdo*, suspendido de un hilo de esperanza.

*El Cuerpo*, culpable y todavía sin ser consciente de la pérdida, se lamentaba de lo ocurrido y hubiera querido retroceder en el tiempo para anular aquel impulso absurdo de autodestrucción, que ahora nos conducía a los tres al quirófano. Sin embargo, después de veinticinco años de sufrimiento tras soportar el engaño conyugal que le había llevado al divorcio y al rechazo de su única hija, después de los incesantes paseos por las múltiples consultas psiquiátricas a las que había asistido, después de toda aquella angustia prolongada, experimentaba en el dolor cierto placer y alivio que mostraba en su expresión de "*Belle indifférence*".

Entramos los tres en quirófano. *El Derecho* perdiendo el color progresivamente y sin fuerzas para reivindicar su derecho a la vida. A esa vida de la que había sido despojado en un acto de falsa valentía, rápidamente truncado por un pensamiento innato de supervivencia. Yo todavía unido a este mundo por un hilo efímero de carne que me hacía conservar en vano la esperanza de ser reimplantado.

Nada más lejos de la realidad. En un plis seccionaron ese trozo de carne las manos de un traumatólogo inexperto bajo las instrucciones de su maestro. Al acabar la cirugía nos enviaron a los dos a la morgue.

El Cuerpo aún lamenta lo ocurrido, aunque se sigue regodeando con cada intervención que le lleva de nuevo a quirófano para cualquiera de las dos extremidades restantes.

A la extremidad superior derecha, quebrantada en el accidente sólo en su estructura ósea, le han reforzado hoy el protagonismo a consecuencia de nuestra ausencia, pues alguien tiene que suplir el esfuerzo sobrehumano al que estuvimos nosotros condenados durante años.

*El Cuerpo* sufre por lo ocurrido y le duele en el alma habernos perdido, porque nosotros dolemos desde el más allá, desde nuestra inexistencia como si de fantasmas se tratara. De nada vale pensar en dejarnos reposar en alto o en baños de agua con sal. El dolor producido por nuestra ausencia es imposible de aliviar de forma física.

Todo ello nos consuela porque somos conscientes de nuestra existencia desde *el más allá* y abre una expectativa sobre la vida después de la muerte, aunque también vemos, con cierta pesadumbre, que donde hay vida hay esperanza.

Dos pies obligados a no existir.

Madrid, 14 de marzo de 2025